

Ver las cosas como son—o como dicen que son— con los ojos bien abiertos, y no obstante, soñar a plena luz, bajo el sol de Castilla que no sabe disimular, soñar sueños desvelados, sueños en vela, contra las más impías evidencias, y servir estos sueños con el sacrificio máximo: tal es el supremo heroísmo.

Usar de nuestra más fina ironía contra esos amados sueños—ironía que no tuvo sino rara vez Don Quijote, pero que le sobró a Cervantes—una ironía apenada, aunque no exenta de alegría: tal es la suprema elegancia.

Heroísmo y elegancia: he aquí un estilo de vida.

Miguel de Cervantes, en los inagotables sentidos que esconde su obra, escrita en trance de sonambulismo y en estado de gracia, nos ha enseñado este estilo de vida.